

CUENTO

RINGO MENTÓN DE SEDA

ANDRÉS NEUMAN

Andrés Neuman (Buenos Aires, 1977) es hispano-argentino y vive en Granada, donde se licenció en Filología Hispánica. Ha publicado las novelas *Bariloche* (Anagrama, 1999, Finalista Premio Herralde), *La vida en las ventanas* (Espasa, 2002, Finalista Premio Primavera) y *Una vez Argentina* (Anagrama, 2003, Finalista Premio Herralde); los libros de cuentos *El que espera* (Anagrama, 2000) y *El último minuto* (2001, Espasa). Como poeta destacan sus poemarios *Métodos de la noche* (Hiperión, 1998), con el que obtuvo el Premio de Poesía Joven Antonio Carvajal, *El jugador de billar* (Pre-Textos, 2000) y *El tobogán* (Hiperión, 2002), galardonado con el Premio Hiperión. Ha preparado la edición de una antología de Carlos Marzal, *Poesía a contratiempo* (Maillot Amarillo), y de una antología del nuevo centio español, *Pequeñas resistencias* (Páginas de espuma). Es autor de dos colecciones de haikus y de una traducción del *Viaje de invierno* de Wilhelm Müller

Por la temática y el contexto de sus obras, se trata ya de uno de los autores españoles más mimados por la crítica. En sus versos, inscritos en el coloquialismo heredero de la poesía de la experiencia, y con algo de simbolismo de autores como Baudelaire y Rimbaud, la memoria desempeña un papel fundamental en la aproximación a cualquier sentimiento, así como en las dudas metafísicas, con algo de los ecos del desengaño romántico que suscita su contemplación del mundo. Por lo que respecta a su narrativa, la crítica ha señalado su capacidad para combinar, basándose en la concisión, el sentido de la narración con un lirismo conmovedor y, al mismo tiempo, punzante, todo al servicio de la crónica del desarraigo, del análisis de la búsqueda de un lugar en el mundo.

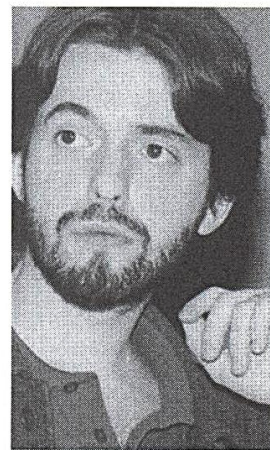


Foto: © Mercedes Rodríguez

RINGO MENTÓN DE SEDA (INÉDITO)

ANDRÉS NEUMAN

A Enrique Vila-Matas

CUENTO



Porque el tiempo es feroz, pocos son ya capaces de evocar al asombroso Ringo *Mentón de Seda* Durán, acaso nuestro más notable púgil de la primera mitad de siglo. Siempre de indumentaria blanca, Ringo se vanagloriaba de acabar los combates con el calzón impoluto. Aunque los más memoriosos conocimos a dos o tres pegadores más expeditivos, es probable que nadie, jamás, en ningún ring del mundo, vuelva a encontrarse con un campeón más bello.

Los incondicionales de Ringo sabíamos muy bien cuál era su punto débil. Y, como todos los invictos, él era el único que se empeñaba en ignorarlo. Muchacho, esa carita será tu perdición, solía repetirle su entrenador de entonces, el ilustre Moncho *Látigo* Brascia, un fajador de los de siempre, que se desesperaba ante las sensuales danzas que Ringo acometía alrededor de sus rivales antes de tumbarlos de una veloz combinación. Nadie entendía aquello. El público se impacientaba. Los jueces se ofendían. Los periodistas se miraban entre sí, confusos. Nuestras novias se enamoraban. Y el asombroso campeón se dedicaba, con toda calma, a revolotear por el cuadrilátero esquivando golpes, a enderezarse el calzón, acomodarse con los guantes el peinado y comprobar que no sangraba, hasta que por fin decidía que había llegado el momento de regresar a la ducha. Entonces liberaba su cañón izquierdo y asunto concluido. Este cretino me ha salido maricón, se quejaba el recio Brascia mientras acompañaba a los vestuarios a su Ringo, saludando impecable, peinado a la gomina, con el levísimo mentón bien alto.

No nos llevemos a engaño. Pese a los ríos de tinta que hicieron correr algunos indocumentados, Ringo no era un estratega. Si bien su técnica era ciertamente impecable, sus tardíos *knock-outs* rara vez obedecían a un riguroso estudio de las condiciones de su rival o a las necesidades del combate. *Mentón de Seda* fue —si es que fue algo más o



menos definible— un simple esteta. Aquel jugueteo atroz con sus noqueados era, según todos los códigos del box, absolutamente reprochable, y sólo puede explicarse mediante las más remotas leyes del buen gusto: Ringo no soñaba con parecerse a un atleta modélico, admirado por sus pares, sino a un príncipe capaz de vulnerar, con exquisita gracia, las normas plebeyas.

Muchacho, esa carita será tu perdición: eso fue lo que se cansó de repetirle el sabio Brascia, que se desvinculó de su pupilo después de un oprobioso incidente ocurrido en circunstancias que hoy siguen sin estar del todo claras. Hay quienes se han atrevido a insinuar que algo hubo de despecho en las últimas palabras que Látigo Brascia le dirigió aquella misma noche, antes de marcharse. Poco más sabemos. Sí puede afirmarse con certeza, en cambio, que el mercenario que lo relevó sólo ambicionaba la celebridad. Aquel vil Ordóñez, además de adular a Ringo hasta la náusea, se dedicó a dejarlo pelear a su manera y a extender luego la palma de la mano derecha. Esa carita, muchacho, esa carita: pero *Mentón de Seda*, olvidado de los consejos de su mentor, pasaba ya más tiempo en el dentista o en el pedicuro que en el gimnasio.

Nadie más asombroso, pase el tiempo que pase. Nadie menos dispuesto a reconocer su punto débil. Aquella memorable velada en la que Ringo defendía el título europeo de los *super-welters*, en pleno mes de agosto y con casi cuarenta grados bajo los focos, yo había conseguido colarme entre los fotógrafos gracias a una identificación astutamente birlada a un amigo periodista. Las localidades llevaban varias semanas agotadas, y entre el gentío de la entrada había podido divisar a Ordóñez dando instrucciones a varios reventas. Debo reconocer que los combates de fondo fueron de gran nivel, aunque pocos prestaron atención al cuadrilátero hasta que *Mentón de Seda* pasó entre las cuerdas, sin rozarlas, y comenzó a hacer estiramientos. Su rival, un oscuro púgil irlandés, irrumpió sudando y con ademanes agresivos. El británico procuró intimidar al nuestro desde el principio, pero Ringo lo ignoró soberanamente, dándole la espalda con alevosía cuando su cortejo pasó junto a él, camino al rincón. Esa carita... Fueron sonando las campanas, una a una, y el tosco irlandés se desvivía por cazar a Ringo, que aquella noche se mostraba algo ausente pero tan veloz como de costumbre. El combate se presentaba sencillo. El irlandés no tenía recursos. Ordóñez se frota-



ba las manos, nosotros nos dejábamos la garganta en gritos de ánimo, los fotógrafos no dejaban de disparar sus flashes. Todos teníamos presente que, de vencer otra vez, tendría asegurada la pelea por el título mundial. Todos menos, aparentemente, *Mentón de Seda*. En el octavo asalto, nuestro hombre apenas había soltado tres o cuatro manos disuasorias, si bien se mantenía fresco y ágil. Extenuado, su rival lo perseguía a la desesperada, lanzando golpes sin escuela. Se acercaba el momento. Ringo se acomodó el calzón y sonrió como un galán de cine. El momento llegaba, estaba allí. Pero entonces, en un descuido impropio de una pantera como él, Ringo se dejó sorprender por un inocente *uppercut* y se fue a la lona. Los fotógrafos enloquecieron, el público fue un murmullo, Ordóñez palideció, nuestras novias suspiraron. Lo vimos ponerse en pie sin demora, eléctrico, y sentimos un gran alivio que duró poco: exactamente el tiempo que tardamos en descubrir que la nariz de Ringo sangraba a chorros. Con un gesto de incredulidad, los ojos inyectados, la mirada desorbitada, el antebrazo, el pecho, el calzón blanco teñidos de rojo, nuestro púgil se acercó a su esquina haciendo aspavientos y allí le confirmaron que acababan de destrozarle el tabique. En el instante en que el árbitro se disponía a declararlo perdedor por K.O. técnico, Ringo se encaró con él y le exigió seguir. El árbitro dudó un momento y, ante el empuje rabioso del público, mandó reanudar el combate. El irlandés no había tenido tiempo aún de armar la guardia, cuando Ringo se abalanzó sobre él como un demente y le conectó dos *crosses* casi consecutivos y luego un gancho bajo y enseguida un escalofriante zurdazo cruzado que lo dejó tendido, yo diría que inconsciente, en un extremo del cuadrilátero.

Nadie volvería a saber del irlandés, pero tampoco de Ringo. Aquella madrugada, después de escuchar cómo lo declaraban vencedor y marcharse a los vestuarios, ante un torbellino de periodistas y junto al consternado Ordóñez, anunció que colgaba los guantes para siempre. Un aparatoso vendaje le cubría la nariz y el labio superior. *Ya no tiene sentido* —declaró, con la voz rota— *ser campeón sin ser bello*.

Y así es como Ringo *Mentón de Seda* Durán, nuestro asombroso púgil, se retiró de los cuadriláteros invicto.

